

## Manhattan

Esto es Nueva York. La ciudad que nunca duerme. La ciudad de los grandes rascacielos y de las inigualables tiendas. La ciudad de los grandes almacenes. Aquella a la que muchos acuden para convertir en realidad un sueño. Y Martina tenía uno: llegar hasta ella. Por las noches, desde muy pequeña, al meterse en la cama donde empezaba a desplegarse su imaginación, como si ésta fuera la antesala de sus sueños de verdad, se veía paseando por los pasillos del avión sin nadie que la controlase o le dijera lo que tenía que hacer. Y en el vuelo hacía amigos. Muchas noches se quedaba dormida deambulando por la cuadrícula de ese Manhattan que tan bien conocía por las muchas películas que había visto. Y como sus padres lo sabían, aprovechando que allí vivía una tía suya, decidieron hacerle un regalo. Viajaría sola en avión hasta Nueva York, y pasaría allí las vacaciones.

“Abróchense los cinturones; estamos a punto de aterrizar”, anunció el capitán. Y a pesar de sentir el ruido del motor en todo el cuerpo, Martina no podía creer que fuera verdad. Estaba sentada en el avión, a punto de aterrizar. Y lo estaba haciendo sola. Como había imaginado una y otra noche, en la cama que acogía todos sus sueños, y a ella tal como era.

Antes de encontrarse con Rut, su tía, tenía que recoger el equipaje y pasar el control de policía, lo que añadía todavía más emoción a su viaje. Al otro lado de la cinta, la esperaba Rut. Martina había aterrizado en Nueva York, pero seguía volando. Como su imaginación, la única responsable, tal vez, de que hubiera llegado tan lejos. Su imaginación, y creer en ello sin dudar de sí misma. Algo que había aprendido en los innumerables libros que devoraba casi siempre por las noches.

De camino hacia el piso de Rut, Martina contemplaba con los ojos más que abiertos aquellos edificios tan altos. Tenía que inclinar tanto la cabeza para verlos que temía quedarse desnucada. “¿Un día podré ir sola al supermercado?”, le preguntó a su tía. Y ella aprobó con la cabeza confiando plenamente en su sobrina. “Te daré un mapa de la ciudad y te indicaré el que queda más cerca de donde vivimos ¿De acuerdo?”.

Durante su estancia en la ciudad, Martina y su tía visitaron unos grandes almacenes especializados en todo tipo de juguetes, y compraron algunas películas. Pues si Martina había llegado hasta Nueva York era porque de mayor quería ser directora de cine, e intuía que allí tenía cosas importantes que aprender y descubrir. Por eso le habían regalado una cámara antes de partir. Seguro que en aquella esbelta ciudad filmaría su primera película, buscando los mejores escenarios, tal vez cuando acudiese al supermercado.

Por fin llegó la tarde que tanto estaba esperando: podría salir sola por Nueva York. Algo nerviosa, Martina preparó su mochila, donde guardó su cámara para no parecer una simple turista (¡ella no había llegado hasta allí sólo para eso!), y salió a la calle. Con la emoción contenida, intentaba en vano disimular al cruzarse con aquellos rostros que parecían haber salido despedidos como de una coctelera desde todos los lugares del mundo: asiáticos, africanos, europeos, americanos...

Había gente con todo tipo de rasgos y de todos los colores de piel. En vez de consultar el mapa, Martina no conseguía apartar la mirada de esos edificios que con su altura parecían querer alcanzar el cielo, y a los que casi sin darse cuenta empezó a filmar, convirtiéndoles

ya en personajes de su primera película. Manhattan era sin lugar a dudas la ciudad más alta que jamás había visto, y la más emocionante.

De repente, descubrió un edificio que en seguida llamó su atención. Pintado de muchísimos colores, a pesar de su vistosidad quedaba medio escondido, rodeado como estaba por otros más serios y grandullones que parecían protegerle. Nada más verlo, supo que aquel edificio sería el verdadero protagonista de su primera película.

Y empezó a hacer pruebas de filmación con su nueva cámara, enfocándolo por delante y por detrás, desde todos los ángulos posibles. Al filmarlo detenidamente, se fijó en que el rostro de las personas que salían de allí reflejaba una gran satisfacción. Y llena de curiosidad por averiguar lo que vendían, decidió esconder la cámara y entrar. Eran unos grandes almacenes, pero no se parecían en nada a los que habían visto con su tía Rut unos días antes. La calidez que se respiraba nada más entrar lo distinguía del resto de tiendas.

Como en la mayoría de edificios de aquella ciudad, en el interior había muchísimos pisos, y se dedicó a recorrerlos mientras se divertía subiendo y bajando por las escaleras mecánicas. En cada planta había una gran cantidad de estantes que revestían las paredes, y en los pasillos había muchos armarios, todos distintos, que contenían cajones que también eran de diferentes tamaños. Dentro de los cajones, alcanzó a ver unas bolsas transparentes. Pero Martina no conseguía entender qué vendían en aquellos almacenes que, de eso sí estaba segura, sólo podían existir en el corazón del Manhattan de sus sueños.

Vio a una mujer que fue hasta uno de los armarios, lo abrió y pareció coger algo de dentro. En seguida apareció otro hombre, que se dirigió derecho hacia el segundo piso, como si éste fuera el lugar al que acostumbraba a ir. Una vez allí, se acercó a una estantería aparentemente vacía de la que cogió algo, pero tampoco pudo ver de qué se trataba. Alguna dependienta circulaba de vez en cuando por los espaciosos pasillos como si arreglara alguna cosa que había quedado mal colocada.

El edificio entero parecía vacío, pero a la vez sentía como si fuera el edificio más lleno en el que jamás hubiera estado. De hecho, en aquel edificio donde todos parecían contentos no había cajas para cobrar, y la gente iba sin bolsas en las manos.

Pero Martina no se atrevía a preguntar ¡Le parecía tan extraño todo, y se sentía tan a gusto al mismo tiempo!

Entonces cogió la cámara que había guardado en su mochila y se puso a filmar. Muy pronto, al otro lado de la pantalla apareció un niño. Ella le siguió con la cámara. Absorto en sus cosas y sin haberse dado cuenta de la presencia de Martina, se fue desplazando por los pisos como si dejara algo en las estanterías y los armarios en lugar de llevarse algo de ellos, como había visto hacer antes. Martina seguía sin entender lo que allí estaba pasando. Al fin, apagó la cámara, la guardó de nuevo, y esta vez, muerta ya de curiosidad y también algo irritada, se acercó al niño y le preguntó:

—¿Se puede saber qué venden aquí? ¡No consigo ver nada!

A lo que el niño, muy amable, respondió:

—Sí, claro. Te lo enseñaré. Mira, fíjate bien... En cada uno de estos armarios y cajitas alguien ha puesto sus besos. Otros han dejado abrazos. Hay de todos los tipos y de todos los tamaños. Algunos besos son pegajosos y otros ligeros, ya sabes. Algunos son largos y otros

cortitos. También hay abrazos enérgicos y otros más dulces y suaves... ¡Como acostumbra a pasar en los grandes almacenes! ¡De todas las tallas y para todos los gustos! Porque aquí, ¿sabes?, cuando uno tiene un buen día y le sobran, viene y los deposita en un cajón, en una estantería o en un armario, según sea su generosidad, y cuando se siente triste, viene a buscar los que alguien, en otro momento, seguro que habrá dejado para él. Pero claro que no ves nada... ¡el cariño es invisible!

–¿De verdad? ¿Pero no es un poco raro ponerlos en cajas? –preguntó inteligente Martina.

–Bueno, es para que no se escapen, y así se aseguran de que al abrir la caja seguirán ahí.

–¡Ah! ¿Y esas bolsas de plástico? ¿Qué hay en ellas?

–Bueno, también hay besos y caricias de muy diversos tipos, pero están envasados al vacío, como el jamón, para que no caduquen nunca y puedas llevarlos muy lejos. Porque en esta ciudad hay mucha gente que no tiene cerca a sus seres queridos, y ya sabes, aquí, como en todo el mundo, son un producto de primera necesidad.

Y entonces el niño le dio un beso a Martina en la mejilla y se dio la vuelta para irse.

–¡Eh, no te vayas, no te vayas! –le dijo Martina.

–Es que me está esperando mi abuelo Alisio. Estamos de vacaciones, pero podemos volver a encontrarnos aquí mañana a la misma hora, si quieres.

–Vale, vale, aquí estaré. Vendré con Rut, mi tía. Me gustará mucho presentártela. Y las dos dejaremos cosas en los armarios... Pero... ¿cómo sabremos en cuáles hay que hacerlo? – siguió preguntando curiosa Martina.

–No te preocupes. Al abrir la caja te darás cuenta de si está llena o vacía, porque cuando en las cosas han puesto amor, siempre se nota...

Y de repente, Martina, como si despertara de un dulce y hermoso sueño, se acordó de pronto del mapa que le había dado su tía Rut y lo miró para encontrar el camino de vuelta, mientras dejaba atrás lo que sería, de eso estaba segura, su primera película, a la que titularía Manhattan.

**Cuento extraído del libro: *Preparados, listos...16 actitudes para ser feliz.***

**Autora: Núria Bolaño**